

Existe una biblioteca imposible que hace soñar a los letraheridos de todos los tiempos, nostálgicos de tantas obras maestras perdidas en incendios, robos o por la voluntad del autor o de sus familias. La componen, entre otros, el libro segundo de la *Poética* de Aristóteles, el centenar de volúmenes arrasados de *Ab urbe condita* de Tito Livio (de los 142 que la componían, sólo 35 han sobrevivido), el *Cardenio* de Shakespeare, o el primer borrador de *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*: al parecer Stevenson escribió más de 30.000 palabras en tres días de escritura febril y consumo de drogas, pero su mujer, Fanny, quemó ese borrador alucinado. También los ocho títulos cuya huella rastrea el editor y ensayista italiano Giorgio van Straten en *Historia de los libros perdidos*, fascinado por el tema tras descubrir que la viuda del novelista Romano Bilenchi había quemado el manuscrito de una novela inédita, *Il viale*, que estaba en-

Los libros perdidos

En un estante del Paraíso que Borges soñaba como una biblioteca descansan los libros perdidos. No los olvidados o los soñados sino los perdidos, obras que alguna vez alguien vio o leyó, y que acabaron destruidos. El editor italiano Giorgio van Straten narra sus desventuras en *Historia de los libros perdidos* (Pasado & Presente)

tre los papeles del muerto, “como prueba de amor”.

LAS MEMORIAS NEFANDAS DE BYRON

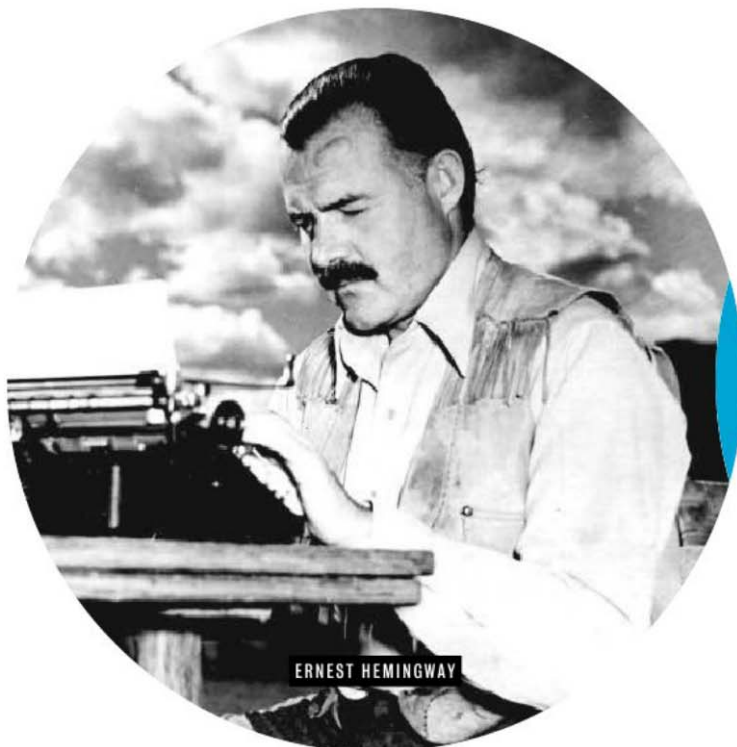
En realidad existen tantas causas y razones para destruir un libro como autores, familias y amigos. El caso de los diarios de Lord Byron lo demuestra. Tras su muerte en Missolongui (Grecia), en mayo de 1824, en el despacho del editor del poeta,

John Murray, se reunieron su albacea, su hermanastra (y antigua amante) Augusta Leigh, y su amigo Thomas Moore. Todos (menos Moore) querían quemar el manuscrito de las *Memorias* que Byron había escrito años atrás, y que cedió al editor por un adelanto de 2000 libras. Nunca sabremos qué escondían, pues Leigh pagó de inmediato para evitar el escándalo, pero Straten

sospecha que más allá de la historia de su desgraciado matrimonio o sus amores incestuosos, lo que el libro confirmaba era su homosexualidad, en una época en que el “vicio nefando” era castigado con la horca.

EL CASO HEMINGWAY. PARÍS, 1922

Muy distinta es la historia de los manuscritos perdidos de Hemingway. A finales de 1922, en la estación de trenes de París, una mujer abandona de repente su compartimento para comprar una botellita de Evian. Cuando sube de nuevo al tren, su maleta ha desaparecido. El problema es que se trata de Hadley Richardson (la primera mujer de Ernest Hemingway) y en la maleta están los primeros experimentos narrativos del escritor. Una tragedia porque, con las prisas, Hadley “arrambló con todos los papeles sin hacer ninguna selección”, copias incluidas. La pérdida fue tal que Hemingway ofreció una recompensa a quien encontrara su maleta. De los es-



ERNEST HEMINGWAY



SYLVIA PLATH

critos perdidos nunca se supo nada, aunque Hemingway logró recuperar un relato, devuelto por un editor que lo había rechazado. Se sabe que Gertrude Stein pudo leer otro, y que no le gustó en absoluto, lo que quizá confirme que no siempre perder un manuscrito supone una tragedia, sino un comienzo mejor.

EL MESÍAS Y EL HOLOCAUSTO

También hay libros extraviados que se convierten en fuente de inspiración para otros, como la legendaria novela *El Mesías*, de Bruno Schulz ((1892-1942). Perdida en 1942 en el campo de concentración de Drohobycz, donde Schulz fuese asesinado por un SS, David Grossman especuló en *Véase: amor* sobre su contenido y Cynthia Ozick narró en *El Mesías en Estocolmo* su recuperación. Se sabe que Schulz estuvo trabajando en el libro por unas cartas escritas entre 1934 y 1939 de las que se desprende lo importante que era la nove-

la. También que un amigo leyó su comienzo, que rezaba, según Van Straten, más o menos así: “Sabes, me dijo una mañana mi madre, ha llegado el Mesías, y está ya en el pueblo de Sambor”.

El remate de esta historia parece un relato de Le Carré: a principios de los años 90 un supuesto ex agente del KGB aseguró que en los archivos de la policía política estaba el texto mecanografiado de *El Mesías*. Tras examinar una página del manuscrito, el diplomático sueco que hacía de intermediario recibió el dinero para rescatar

el libro en Ucrania. “Puede que recogiera el manuscrito y puede que no —explica Van Straten—. En el viaje de regreso tuvo un accidente de automóvil, el coche se incendió y murieron tanto él como el chófer”.

ENTRE COPAS Y LLAMAS

Cuenta la leyenda que Malcolm Lowry perdió entre copas el manuscrito de su primera novela, *Ultramarina*, aunque el amigo que había pasado a máquina la última versión de la novela le devolvió la copia al carbón que había recuperado de la basura de casa del escritor. Peor fortuna corrió la única copia existente de *In ballast to the White Sea*, novela en la que Lowry había trabajado durante nueve años y que ardió en el incendio de la cabaña en la que vivía desde 1940, sin luz ni agua corriente. Incapaz de comenzar de nuevo tras casi una década de trabajo, se conservan algunos fragmentos, custodiados como “santas reliquias”, según Von

Straten, en la Universidad de la British Columbia: pequeños pedazos de papel con los bordes quemados, como los mapas de un tesoro.

SYLVIA PLATH, LA POETA DE CRISTAL

La suerte de los inéditos de Sylvia Plath, mitificada tras su suicidio, quedó en manos de su marido Ted Hughes, del que se estaba separando. Abrumado por la culpa, Hughes se encontró con los Diarios de la poeta y decidió destruir sus últimos meses, para no hacer sufrir a sus hijos. No resolvió, en cambio, el misterio de la novela *Double exposure*, perdida, según Hughes, “en algún lugar en los años setenta”, pero sí preparó la edición de *Ariel*, que libro que asentó la fama póstuma de la poeta.

Su caso confirma algo que también apunta Van Straten: los libros perdidos tienen algo único, “nos dejan a nosotros, los lectores, al posibilidad de imaginarlos, de contarlos, de reinventarlos”. **NURIA AZANCOT**

Hemingway perdió una maleta con sus primeros escritos; *El Mesías* de Schulz desapareció en un campo de concentración; Ted Hughes destruyó parte de los diarios de Sylvia Plath



MALCOLM LOWRY



BRUNO SCHULZ